



la con los libros, se indignó tanto, que se propuso refutar no sólo á aquellos dos, sino á todos los enemigos de los cristianos, como hizo en las *Instituciones divinas* (1), publicadas hácia el fin del reinado de Constantino. Débil teólogo, rebatió los errores sin saberlos evitar; ménos notable por su elevada elocuencia, que por su esmerada expresion, si bien es el más elegante entre los autores eclesiásticos latinos, no por eso merece el título de Ciceron cristiano. Muy distante de la indignacion de Julio Firmico (2), el cual aconsejaba castigar la idolatría con el rigor de la ley, proclama que la religion es la cosa más espontánea (3): «Aléjese de nosotros el pensamiento de vengarnos de nuestros perseguidores; déjese á Dios este cuidado; la sangre de los cristianos recaerá sobre la cabeza de quien la derramó.

Las palabras de los Santos Padres, sostenidas por el martirio, no podian ser infructuosas, y resonaban aún en un mundo que les era contrario. Ya se menciona en tiempo de Marco Aurelio una escuela cristiana fundada en Alejandria en oposicion á la Academia pagana, y para educar defensores de la verdad; pero sólo adquirió importancia al fin del siglo II, cuando el estóico Panteno, convertido á la verdad, dirigió la *escuela de las palabras sagradas* y fué el primero que enseñó en la cátedra cristiana las doctrinas metafísicas del museo Alejandrino, y pensó en reducir la religion á sistema.

Le sucedió Clemente Alejandrino (4), muy erudito en la filosofía de Platon, que en el *Pedagogo* compendia la moral cristiana para uso de los catecúmenos, y con una minuciosidad no siempre honesta descende á las reglas más particulares de la vida y del traje, que quiere que sea blanco, sin color, y que no arrastre, y en las mujeres más esmerado; que éstas vayan

(1) *Caeli Lactantii* «opera, edit. Galei et variorum.» Leiden, 1660, en 8.º

(2) «De errore profanarum religionum.»

(3) «Nihil est tam voluntarium quam religio, v. 20.

(4) *Clementis Alexandrini* «opera græce et latine quæ extant,» ed. Potter, Oxford, 1715, 2 tomos en fol., reimpressos en Venecia.

calzadas, y los hombres descalzos, pero que no usen ni oro ni piedras preciosas, ni se tiñan la cara ó los cabellos, ni se adornen excesivamente, ni tengan demasiados esclavos, ni tampoco eunucos, enanos ni monstruos. Censura que se mantengan animales en vez de pobres, y el uso de los baños, especialmente si son comunes á ambos sexos; recomienda que se ejercite el cuerpo en las luchas, en el juego de pelota, en el paseo, y aún más en oficios domésticos, como sacar agua, labrar, cortar leña; no entregarse al ocio, ni asistir al circo ni al teatro, y no saludarse en alta voz en las calles, dándose á conocer sin necesidad á los infieles.

Estas censuras suyas muestran con cuánta dificultad cambiaba el cristianismo las costumbres perversas; y admira oír cómo se abandonaban entónces los bautizados á las frivolidades y á la perversidad de los gentiles, rodeados de criados, perfumados, engalanados, intemperantes, y como las mujeres cargadas de perlas y piedras preciosas se desnudaban en presencia de los hombres, y entraban en los baños, cuya magnificencia apénas se cree (1).

*Stromatas*, esto es, tapices, llamó á un tejido de filosofía cristiana, coleccion de varios é inconexos conocimientos; como de historia, en que nos transmitió algunos muy importantes, y otros ignorados; de lógica, relativos á la distincion entre la fe y la ciencia, y las reglas de argüir; y de teoría, en que pondera filosóficamente la doctrina evangélica, y la certidumbre de las nociones humanas.

Con gran atavío de doctrina, clara y alguna vez elocuentemente explicada, emprende la tarea de probar en su *Exhortacion á los gentiles*, que en todos los siglos la unidad de Dios y las verdades capitales habian sido profesas

(1) «Su baño es una cámara de maravilloso artificio, portátil, trasparente, cubierta de una cortina, llena de sillas, de oro y de plata, y de vasos de la misma materia, en alguno de los cuales se pone que beber y en otros la comida, sirviendo otros para el baño. Hasta las parrillas son de plata. Es tanta su intemperancia, que no entran en el baño sino embriagadas; allí ostentan suntuosas vajillas de plata, todo lo más rico y fastuoso que puede satisfacer su vanidad.»



das por los filósofos y los poetas, y que las habian deducido del pueblo hebreo (1).

Declama poderosamente contra el paganismo. «Yo descorreré el velo que cubre vuestros misterios, y explicaré á los amigos de la verdad los prestigios de vuestros ritos arcanos... ¡Exceso de impudencia! Antiguamente ocultaba la noche los placeres de los hombres moderados; consagrada ahora á la incontinencia, descubre las deshonestidades de los iniciados, y las antorchas alumbran al vicio y á la passion... Cántanos, Homero, aquel bello himno «de los amores furtivos de Marte y Vénus.» Pero no, calla: no es bello el canto que enseña el adulterio, no queremos manchar nuestros oidos ni aún con oír las palabras de estupro y de fornicacion.... Vuestros dioses crueles é implacables para los hombres, no solamente oscurecen su razon, sino que gozan viendo correr la sangre en los feroces combates del circo y de la arena, en las batallas mortíferas en que se les invoca, y en los sacrificios que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristómenes de Mesenia sacrifica triples hecatombes de hombres en honor de Júpiter de Itome, uno de los cuales era Teopompo, rey de los lacedemonios. Los habitantes del Quersoneso Táurico inmolan á su Diana cuantos naufragos llegan á sus playas, y estos sacrificios se cantan en una tragedia de Eurípides. Monimo en las *Cosas admirables* refiere que en Pela de Tesalia se sacrificaba un aqueo á Peleo y á Quiron; Anticles y Docidas dicen que los licios, oriundos de Creta, ofrecian víctimas humanas á Júpiter; los lesbios á Baco, y los focenses á la Diana Táurica. Ereteo, de Atenas, y Mario, romano, degollaron á sus propias hijas, aquel en honor de Proserpina, y éste á los dioses Avernuncos, ó sea las divinidades que curaban los males. Así manifiestan los demonios cuánto aman á los hombres. ¿Y pueden encontrar partidarios semejantes supersticiones? ¿Y no notan que aquéllos no son holocaustos sino homicidios; que ni el nombre ni el lugar pueden cambiar

(1) Otro tanto hemos procurado demostrar nosotros, pero suponiéndolas derivadas de la tradicion primitiva de los hombres aún no divididos.

la esencia de las cosas; que inmolar en aras de Diana y de Júpiter es lo mismo que inmolar en honor de la cólera, de la venganza, de la avaricia y de semejantes demonios, y por último, que lo mismo da degollar á un hombre en las aras que en la calle?

Opone San Clemente la idea del progreso á la estabilidad en que se refugiaba el amenazado paganismo, «¿Diréis que no es lícito trastornar las costumbres antiguas? ¿Por qué, pues, no volveis á la lactancia, á la que recién nacidos os acostumbraron las nodrizas? ¿Por qué aumentar ó disminuir los bienes paternos más bien que conservarlos como os los trasmiten? ¿Por qué abandonamos con náuseas y risas las cosas que cuando niños hacíamos? Nosotros mismos nos hemos corregido también sin pedagogo; no sois tan celosos observadores de las instituciones paternas en lo que se refiere á la vida. Y en el punto más importante ¿no rechazaríais una costumbre mortífera?... Envejecisteis en el culto de las falsas divinidades; venid ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero... Hermoso es el himno que eleva el hombre á Dios inmortal obrando justamente, y en él cantan todas las voces de la verdad... Si-ga el ateniense los preceptos de Solon, el argivo los de Foroneo, el espartano los de Licurgo; pero si tú eres cristiano, tienes por patria el cielo, y á Dios por legislador.... Salve, oh luz bajada del cielo, más pura que la del sol, más agradable que cuanto es dulce en la vida.... El que la sigue conoce sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple las leyes y obtiene la recompensa.... El Evangelio es la trompeta de Cristo; él le da el sonido; y nosotros al oírlo, tomando la coraza de la justicia y el escudo de la fe, nos preparamos á combatir la culpa.»

Véase la explicacion que da San Clemente en el tratado *Cuál es el rico que se salva* del mal uso que se hizo frecuentemente del precepto evangélico de la pobreza, ya excediéndose en su aplicacion, ó ya juzgándolo perjudicial para la sociedad. «El precepto (dice) se cumple cuando las riquezas se convierten en materia é instrumento de obras buenas. Indiferentes por su naturaleza, ni conviene malde-



cirlas, ni desacreditarlas sin razón: todo depende del uso que se hace de ellas; es menester no imputarlas los males que ocasionan, sino á las pasiones é inclinaciones viciosas, que desnaturalizan los dones del Criador, haciendo mal uso de ellas, y convirtiéndose en mal lo que puede convertirse en manantial de méritos para nosotros y para los demas.»

Entre otros muchos apologistas no dejaré de hacer mención del mártir Apolonio, que sostuvo su fe en el Senado (1); de Dionisio, obispo de Corinto, el cual explicó en varias epístolas la doctrina católica y combatió las herejías; de Ticiano, asirio y platónico, discípulo de San Justino, el cual á la vanidad de los estudios de los helenos (2), y especialmente á las contradicciones de sus filosofías, opone la verdad católica sobre la naturaleza de Dios y sobre el libre albedrío. «Ahora bien (dice éste), mientras algunos cínicos, cuyo único mérito consiste en llevar un hombro negligentemente desnudo, desordenados los cabellos, la barba y las uñas largas, y decir que no necesitan nada, reciben de los emperadores hasta doscientas monedas de oro de pensión, ¿se pretende obligar á los cristianos á seguir las costumbres de los gentiles?» Y en seguida se extiende en demostrar que la bondad no se aviene con la idolatría, con monumentos erigidos á mujeres públicas, ni con la infamia del teatro que revela las culpas ocultas por el manto de la noche, ni tampoco con la inutilidad de los atletas, ni con la atrocidad de los gladiadores mantenidos precisamente para causar placer con su muerte. Pero como la filosofía de los cristianos no era sólo para los ricos, no había razón para escarnecerlos por que descendieran á disputar con niños y mujeres de humilde condición. Ticiano intentó dar un sentido cristiano á la filosofía oriental, que consideraba como infinitamente superior á la griega, áun cuando corrompida

(1) «Cum iudex multis eum precibus obsecrasset, petissetque ab illo uti coram senatu rationem fidei suae redderet, elegantissima oratione pro defensione fidei pronuntiata...» Eusebio, V, 21.

(2) Con este nombre se designaba en Oriente á los paganos.

por la idolatría; pero algunas veces se excede, queriendo conciliar con el dogma católico las emanaciones; despues se extravió enteramente hasta el punto de condenar el matrimonio por un exceso de rigor y el comer carnes ó el beber vino, en lo cual consistía la herejía de los encratitas y de los hidroparastatos.

Fueron tambien combatidos los errores de la filosofía griega por Hermias, que vivió en el siglo II (1), y los de la oriental por San Ireneo, apóstol de las Galias, y obispo de Lyon, que murió mártir al principio del siglo III.

Con el nombre de Dionisio Areopagita se publicaron algunas obras que equivocadamente se atribuyen por algunos al siglo V, porque se ven citadas ya por Orígenes. Instruido aquél en la filosofía oriental, la presenta trasformada con el dogma cristiano, y sus elevadísimos libros de la jerarquía y de los divinos nombres explican, en cuanto es posible al hombre, la generación del Verbo y de las ideas, y fueron la gran fuente en que bebió la escolástica de la Edad Media.

Atenágoras pulveriza las explicaciones alegóricas que no há mucho quisieron reproducirse en defensa ó excusa del paganismo, y dice: «Ya sea Júpiter el fuego, Juno la tierra, Pluton el aire, Tétis el agua, todo esto constituye elementos, pero no forma dioses; la divinidad manda, los elementos obedecen, y atribuir la misma virtud al ente que manda y al que sirve, es asimilar la materia mudable, perecedera y corruptible, á un Dios increado, eterno y siempre semejante á sí mismo.» Justino dice al mismo propósito: «Yo abandoné á Platon; no porque su doctrina sea contraria á la de Cristo, sino porque no es en todo semejante: otro tanto digo de los discípulos de Zenon, y de los poetas y de los historiadores. Percibieron ellos una parte solamente de la razón, diseminada por todas partes, y expresaron de una manera admirable la que se encontraba al alcance de su capacidad. Pero en qué contradicciones no incurrieron respecto de puntos más graves, por no haber sabido elevarse á la doctrina por excelencia, á la ciencia divi-

(1) «Irrisio gentilium philosophorum.



na que nunca falla! Lo que dijeron admirable, pertenece á nosotros los cristianos, que amamos y adoramos, despues del Dios Padre, la palabra divina, el Verbo engendrado por este Dios increado, infalible. Mediante la razón que depositó en nosotros como un germen precioso, pusieron vuestros filósofos descubrir la verdad, pero siempre como un débil crepúsculo. Este germen sencillo, este bosquejo ligero, proporcionado á nuestra debilidad, ¿puede compararse nunca con la verdad misma, comunicada en toda su plenitud y en toda la extensión de la gracia?»

Ocupa el primer lugar entre los filósofos cristianos Orígenes, alejandrino. Ávido del martirio desde que lo consiguió su padre Leónidas durante la persecución de Severo en Egipto, visitaba á los encarcelados, los acompañaba en los debates y en el suplicio, no asustándose por los gritos del pueblo ni por las penas con que le amenazaban los magistrados. Obligado á conversar continuamente con las mujeres á quienes catequizaba, se castró á fin de que su juventud no diese pretextos á la malignidad, entendiéndolo segun la letra que mata. Quiso ver la iglesia de Roma; se detuvo en fin en Cesarea, y favorecido por Ambrosio, su rico prosélito, se aplicó á comentar la Sagrada Escritura, con siete escribientes dispuestos para escribir lo que dictaba, y otros tantos librereros y algunos jóvenes para reproducirlo.

En la persecución de Decio fué Orígenes preso y atormentado, pero se le dejó vivo con la esperanza de que sucumbiese y pervirtiese á los demas con su ejemplo; y sin embargo, se mantuvo firme y áun exhortó á los demas con cartas ardientes. Habiéndose suscitado despues la de Maximino, se retiró al lado de una mujer piadosa, que poseía una rica biblioteca, y allí compuso los «Hexaplos» y la «Exhortación al martirio,» obra dirigida á Ambrosio, que estaba encarcelado, y continuó despues ilustrando las Santas Escrituras, separando las apócrifas y coleccionando las verdaderas. Copió las varias traducciones en tres ejemplares, uno de tres, otro de seis, otro de ocho columnas y despues distintamente la de los Setenta,

notando con líneas lo que habían añadido al texto hebreo. Escribió veinticinco volúmenes sobre el Evangelio segun San Mateo, y muchos sobre los profetas menores, no tanto para desenvolver al sentido real, como para ponerlo de acuerdo con su propio pensamiento.

Al ver sus obras se siente uno admirado de que haya podido un hombre solo, no ya componerlas, pero áun escribirlas (1); y sin embargo, tenía además conferencias con los fieles, disputas con los herejes, correspondencia con muchos, ya para disculparse, ya para dar consejos ó para dirigir peticiones al emperador Filipo, ó en fin, para reanimar el fervor de los cristianos, y especialmente para que asistiesen los domingos y viérnes á la lectura de los textos sagrados y á su explicación. El gobernador de la Arabia y Mamea, madre del emperador Alejandro, lo llamaron para que les explicase las cosas del alma, y una multitud de discípulos le rodeaban desde la mañana á la tarde. Amabilísimo con ellos, estudiaba su carácter, y San Gregorio, obispo de Neocesárea, nos refiere la manera con que los educaba su maestro. Despues de haberlos preparado con discursos irresistibles, los instruía en la lógica, acostumbrándolos á no admitir ni rechazar las pruebas al acaso, sino á examinarlas con atención sin detenerse en las apariencias ni en las palabras cuyo esplendor deslumbra, ó cuya sencillez disgusta; á no rechazar las cosas que á primera vista nos parecen paradojas, y con frecuencia son muy verdaderas; en suma, á juzgar de todo santamente y sin prevenciones. Despues los dedicaba á la física, esto es, á considerar el poder y la sabiduría infinita del autor del mundo, tan propia para inspirarnos humildad. Los enseñaba tambien las matemáticas, principalmente la geometría y la astronomía, y en fin, la moral, no haciéndola consistir en vanos discursos, en estériles defini-

(1) «Quis nostrum tanta potest legere, quanta ille conscripsit?» San Jerón. «Can. — Nemo mortalium plura; ut mihi sua omnia non solum non perlegi, sed ne inveniri quidem posse videantur.» Vicente Lerines, «Comon.»

En París 1753, el padre Maurino De la Rue, imprimió en 4 tomos «Origenis, opera omnia que graece & sine tantum extant.»



ciones y divisiones, sino enseñándola con la práctica, haciéndoles fijar la consideración en los movimientos de las pasiones, á fin de que viéndose el alma como en un espejo, pudiesen arrancar de raíz los vicios, y fortificar la razón que produce todas las virtudes. Al discurso añadía el ejemplo, siendo un modelo de virtuosas acciones. Después de todo, los dedicaba á la teología, diciendo que el conocimiento más necesario es el de la primera causa. Les hacía leer cuanto habían escrito los antiguos poetas ó filósofos, griegos ó bárbaros, excepto aquellos que de propósito enseñaban el ateísmo, á fin de que conociendo la parte fuerte y la débil de todas las opiniones, pudiesen precaverse contra los juicios equivocados. Pero en tal lectura los llevaba de la mano para impedirles que tropezasen y para manifestarles lo bueno de cada secta, á todas las cuales conocía admirablemente. Los aconsejaba que no se adhiriesen á ningún filósofo, por célebre que fuese, sino á Dios y á sus profetas. Por último, les explicaba las santas escrituras, de las cuales era el intérprete más erudito.»

La obra más provechosa de Orígenes es la que escribió contra el epicúreo Celso, el cual había escrito en tiempo de Adriano un *Discurso de la verdad*, en que combatía á los judíos y á los cristianos, y gloriándose de haber leído sus libros, sacaba de ellos motivos de desprecio y de calumnias, en lo cual le copiaron maquinalmente los filosofistas del siglo XVIII. Orígenes, más bien con hechos que con argumentos, confirma la religión, disputando acerca de las profecías, y acerca de los milagros de Cristo, los cuales no negaba Celso, sino que los atribuía á magia, y asimismo respecto de los que frecuentemente se renovaban en la Iglesia. Oponía singularmente á éste el cambio de las costumbres, la continencia y el celo por la conversión de los demás.

Así como la escuela alejandrina había tratado de absorber al cristianismo en su filosofía universal, así éste Leibnitz de los primeros siglos pretendió acomodar el platonismo á la religión cristiana. Buscó para esto un doble sentido en las historias evangélicas, suponiéndoles uno místico, de manera que subsistiesen

dos verdades á un tiempo, la histórica y la moral, primer paso dado hácia la escuela protestante de los modernos exegéticos alemanes, la cual pretende que aun en los hechos de pura narración no siempre rige el sentido literal. Pero siempre es muy difícil construir un sistema con una materia llena de profundos misterios, estando colocada la fe en un lugar más elevado que la ciencia, y no pudiendo reducirse á formas limitadas el cristianismo, infinito como es, sin que la revelación pierda en valor ó en poder espiritual.

Viajando por la Acaya con objeto de destruir las herejías, fué ordenado sacerdote; pero como se supo que era eunuco, y por consiguiente que estaba excluido por los cánones de las órdenes sagradas, se levantó gran rumor contra él, y por este motivo ó por los errores esparcidos en sus escritos, Demetrio, obispo de Alejandría, le prohibió en un concilio enseñar y residir en aquella ciudad, depuniéndole y excomulgándole después.

Orígenes se extravió mucho más en un tratado de *los principios* (1), en el cual, negando la dualidad del principio de las cosas, sostiene que Dios es bueno é inmutable, y las criaturas libres y capaces del bien y del mal, y yendo muy allá en las consecuencias, pretende que la desigualdad de las criaturas procede de su mérito. Dios, criador necesariamente por ser omnipotente, señor y dueño, debió desde la eternidad é instantáneamente crear seres que le obedeciesen, habiendo producido ántes algo pasivo, que fué la causa de las formas, esto es, la materia. En un principio vivieron los espíritus (2) en la vida divina, como inteligencias perfectas; y dotados como estaban de una libertad variable, y enfiados después en la caridad, abusaron algunos de la

(1) Sólo tenemos de esta obra la traducción hecha por Rufino, frecuentemente alterada por confesión propia.

(2) Pero el espíritu no es para él incorpóreo. *Contra Celso*, I, 6, escribe: «A la naturaleza de Dios solamente corresponde vivir con independencia de la sustancia corpórea;» y en el VII: «El alma invisible é incorpórea por su naturaleza no puede existir en ningún lugar corpóreo sin un cuerpo adaptado á la naturaleza de este lugar.»



libertad, y su esencia se condensó, por lo cual cayeron en el estado de almas aprisionadas en los diversos cuerpos á proporcion de su falta (1). Los ménos culpados formaron los planetas, otros los ángeles y otros los hombres; de donde se sigue, que toda la creación desarrollada en una serie innumerable de mundos, no es más que una gran caída, de la cual propende á purificarse pasando por diferentes estados, hasta que la misma materia reciba una transformación gloriosa. De este modo, no teniendo las penas más objeto que la corrección de aquel á quien se aplican, queda negada la eternidad del castigo, debiendo volver todo á la consumación de los siglos á la unidad de que ha salido (*apocatastasis*).

Estos errores de la preexistencia y del primer pecado personal, de los cuales quizá se arrepintió, fueron sostenidos después y refutados cuando los arrianos buscaron en tan gran maestro un apoyo para sus sutilezas. En tanto no sabía qué hacer con los cuerpos después de la resurrección, por lo cual suponía que se resolvían en una sustancia espiritual.

Irreprensible en su vida y creyendo siempre en el poder de la religión, fué venerado casi como un nuevo Platon por sus contemporáneos, y por la Iglesia como uno de sus más insignes doctores. San Jerónimo no dudó en llamarlo el mayor maestro de las iglesias después de los apóstoles, y en decir que tomaría sobre sí los errores que se le imputan con tal de tener su doctrina; pero después, como veremos, moderó sus elogios, porque si el estilo oscuro con que se expresaba Orígenes, la aparente refutación, el lenguaje escritural, y el respeto debido á un grande hombre no dejaron notar al principio sus errores, después se descubrió en él el germen de las herejías de Arrio sobre el Verbo, de Macedonio sobre el Espíritu Santo, de Pelagio sobre la gracia, de Nestorio y de Eutiquio sobre la Encarnación.

Todos estos se apoyaban en Orígenes, quizá

(1) Aun cuando en otras obras se contradice, aquí establece que la materia se sutaliza tanto más, cuanto más ama á Dios, de donde se sigue lógicamente la absorción panteística.

porque no tuvo aquella precisión que procede sólo de largos y contradictorios debates. Todo esto dará materia para hablar de él largamente, porque el origenismo, además de los dogmas, representa el contraste del cristianismo contemplativo oriental, con el activo y mundano del Occidente. Y ya se habrá podido notar una diferencia entre los Padres latinos y los griegos, porque aun cuando el Oriente transmitió al Occidente gran parte de su cultura y de sus creencias, y recibió de éste leyes y gobierno, diferían no obstante en índole, costumbres y creencia, usaban dos lenguas oficiales, rica cada una de ellas con una literatura propia, y adoraban al mismo Dios, pero de un modo diverso. Con diferentes sentimientos, pues, oía predicar el cristianismo la gente culta de Roma, que la de Nicomedia y de Alejandría, y con diversas armas fué también combatido. No habían prosperado nunca en Roma la metafísica y la filosofía sublime, por defecto de la lengua, y por el contrario, preponderaron allí en la legislación el sano entendimiento y el espíritu práctico. Por lo tanto, los apologistas latinos no ofrecen muestras de grande ingenio; conservan algo de la altanería romana, mostrándose duros, obstinados, irritables; no se avienen á descender á pactos con el enemigo, y ni aun quieren valerse de más armas que las propias, por lo que desdeñan los adornos de la elocuencia, los artificios de la lógica, y las reminiscencias de la literatura de sus contrarios. Aún estaba muy floreciente la cultura de Grecia cuando apareció en ella el cristianismo, de manera que le opusó una lucha más vigorosa; pero cuando se presentaron defensores, como éstos procedían de la escuela, conservaron sus costumbres y defectos. Muchos de aquellos Padres habían vagado de un sistema á otro en filosofía, como San Clemente, buscando un objeto á la vida, una regla para las acciones, hasta que se acercaban al cristianismo con el mismo intento, y satisfaciéndoles éste, se presentaban en el campo, como David, con la espada arrebatada al gigante.

El enemigo mismo que combatían presentaba diversas formas. Roma, para quien son una misma cosa la religión y el Estado, no sa-